

— Volved á leerle.

En aquel momento se abrió la puerta y se presentó de nuevo el ayuda de cámara.

— Héctor, aquí está ya Scipión que viene á anunciaros que vuestro baño está listo. Y ahora instruiré á Garat de lo que debe decir al Directorio respecto á las rapiñas de sus agentes en Roma; en seguida nos sentaremos á la mesa, y con el vino de las bodegas de su señoría, brindaremos á nuestra próxima y feliz entrada en Nápoles.

CAPÍTULO II

Giovanina

DEBEN haber observado nuestros lectores el cuidado con que les conducimos á través de un país por entre personajes que les son desconocidos, con objeto de conservar á tiempo á nuestra relación toda la firmeza del conjunto y la variedad de los detalles. Esta preocupación nos ha arrastrado naturalmente á ciertas ampliaciones que no se volverán ahora á reproducir, ahora que, menos algunas individualidades que hallaremos al paso, todos nuestros personajes han entrado en escena, y en tanto que nos ha sido posible han manifestado su carácter por la acción misma. Por lo demás, nuestra opinión es que la ampliación ó la brevedad de una materia no está sujeta á medida; ó la obra es interesante, en cuyo caso parecerá corta al público, aunque tenga veinte volúmenes, ó fastidiosa, y aunque sólo tenga diez páginas, el lector cerrará

TOMO III.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1825 MONTERREY, MEXICO

el libro y lo arrojará lejos de sí, antes de haberlo concluido. Por lo que hace á nosotros, debemos decir que nuestras obras más largas, esto es, aquellas donde hemos podido desenvolver mayor número de caracteres y de acontecimientos, son las que más han gustado y las que con más avidez han sido leídas.

Nuestro relato continuará, pues, entre personajes ya conocidos del lector, y á cuyos caracteres no faltan más que algunas pinceladas. Á primera vista parece que nos hemos extraviado para seguir á nuestro embajador y al conde de Ruvo; pero volviendo á Nápoles ocho días después de la salida de Héctor Caraffa para Milán, y del ciudadano Garat para Francia, se reconocerá que ha sido necesaria esta digresión.

Así, pues, nos volvemos á encontrar cerca de las diez de la mañana, en el muelle de Margellina, que estaba lleno de pescadores, *lazzaronis* y toda clase de gente del pueblo, que corrían, revueltos con los cocineros de las casas principales, en dirección del mercado que acababa de abrir enfrente de su casino el rey Fernando, el cual, vestido de pescador, en pie tras de una mesa llena de pescado, vendía su propia pesca. Aunque preocupado por los asuntos políticos, y á pesar de la expectativa en que estaba

de recibir respuesta de su sobrino el emperador, y de la dificultad que encontraba en descontar rápidamente los veinticinco millones del empréstito suscrito por sir William Hamiltón y endosado por Nelsón en nombre del ministro Pitt, el rey no había podido renunciar á sus dos distracciones favoritas: la pesca y la caza. El día anterior había cazado en Persano, y á la siguiente mañana pescó en Paussilipo.

Entre la muchedumbre que, atraída por este espectáculo frecuente, aunque siempre nuevo para el pueblo de Nápoles, atravesaba el muelle de Margellina, tentados estamos de contar á nuestro antiguo amigo Miguel el Loco, quien (apresurémonos á decirlo) no es Miguel Pezza, á quien vimos trepar por la montaña después del asesinato de Pepino, sino nuestro Miguel que, en lugar de continuar atravesando el muelle como los otros, se detuvo en la puertecilla del jardín que ya conocen nuestros lectores. Verdad es que de pie en aquella puerta, apoyada en la pared y con la mirada perdida en el azul del cielo, ó por mejor decir, en la vaguedad de su pensamiento, se hallaba una joven cuyo papel secundario no nos ha permitido hasta ahora concederle más que una atención tan secundaria como su papel. Era Giovana ó Giovanina, doncella de

Luisa San Felice, llamada comunmente, y por abreviación, Nina.

Esta joven es uno de los tipos particulares que se encuentran entre los campesinos de los alrededores de Nápoles, especie de híbrida humana que causa admiración encontrar bajo el ardiente sol del Mediodía.

Nina es una joven de diez y nueve á veinte años, de mediana estatura, aunque más bien alta que baja, de esbelto talle y bien proporcionadas formas, y que por la proximidad de una mujer distinguida, ha tomado un gusto por el aseo, raro por la clase del pueblo á que pertenece. Sus cabellos, muy bien cuidados y recogidos atrás con una cinta azul celeste, eran de ese rubio encendido que semeja á las llamas que revolotean sobre la frente de los ángeles malos. Su tez era de un blanco mate sembrado de manchas encarnadas, que ella procuraba desvanecer con los cosméticos y esencias que tomaba del tocador de su señora. Tenía los ojos verdosos, que se tornasolaban como los de los gatos, y su pupila se contraía como la de éstos. Pálidos y delgados eran sus labios; pero la menor emoción los volvía de color de sangre. Cuidaba con extraordinario esmero sus dientes, que eran perfectos, y estaba tan orgullosa de ellos, como pudiera estarlo una mar-

quesa. Sus manos, en que no se veían las venas, eran blancas y frías como el mármol.

Hasta la época en que la hemos dado á conocer al lector, había parecido muy adicta á su ama, sin que nunca le diera más motivos de disgusto que los que provienen de la ligereza de la juventud y de un carácter que aun no está formado. Si la bruja Nanno hubiera estado allí y examinara su mano, como lo había hecho con la de su ama, diría que, al contrario de Luisa, nacida bajo el feliz influjo de Venus y de la Luna, Giovanina había nacido bajo la mala conjunción de la Luna y de Mercurio, y que á esto debía los sentimientos de envidia que algunas veces oprimían el corazón y las aspiraciones ambiciosas que agitaban su alma.

En resumen, Giovanina no era lo que puede llamarse una mujer hermosa ni una linda joven; pero era una extraña criatura que atraía y fijaba las miradas de muchos jóvenes. Sus inferiores ó sus iguales habían parado en ella su atención; pero ella nunca respondió á ninguno; su ambición aspiraba á elevarse, y había dicho veinte veces que preferiría quedarse soltera toda su vida á casarse con un hombre inferior ó igual á ella en condición.

Miguel y Giovanina eran antiguos amigos, y durante los seis años que esta última llevaba en casa

de Luisa San Felice, se habían visto muchas veces. El mismo Miguel, seducido como los demás jóvenes por la rareza física y moral de la doncella, había intentado ganar su corazón; mas ella explicó sin rodeos al joven *lazzaroni* que nunca amaría más que á un *signori*, aun á riesgo de verse despreciada por su amante.

Miguel, que de todo tenía menos de platónico, oyéndola explicarse de esta manera, le dijo que le deseaba toda suerte de prosperidades, y cortejó á Assunta, que no teniendo las pretensiones aristocráticas de Nina, se contentó muy bien con Miguel; y como el hermano de leche de Luisa, aparte de sus opiniones políticas un tanto exaltadas, era un buen muchacho, en lugar de guardar rencor á Giovanina por su desaire, le pidió su amistad y ofrecióle la suya. Menos pretenciosa en amistad que en amor, Giovanina le tendió la mano, y la promesa de una sincera amistad se trocó entre el *lazzaroni* y la doncella.

Por esto, en lugar de continuar su camino hasta el mercado real, Miguel, que probablemente venia á hacer una visita á su hermana de leche, viendo á Giovanina pensativa en la puerta del jardín, se detuvo.

— ¿Qué haces ahí mirando al cielo? le preguntó. La joven se encogió de hombros.

— Ya lo ves : sueño despierta.

— Yo creía que sólo las grandes señoras soñaban así, y que nosotros nos contentábamos con pensar; pero se me olvidaba que si no eres gran señora, esperas serlo algún día. ¡ Qué lástima que Nanno no haya visto tu mano! Probablemente te habría pronosticado que serás duquesa como á mí me ha dicho que seré coronel.

— Yo no soy una gran señora para que Nanno pierda el tiempo en decirme la buenaventura.

— ¿ Acaso soy yo un gran señor? Sin embargo me la ha dicho. Verdad es que probablemente sería por burlarse de mí.

Giovanina hizo con la cabeza un signo negativo, y dijo:

— Nanno no miente.

— ¿ Entonces me ahorcarán?

— Es probable.

— ¡ Gracias! ¿ Y por qué crees que Nanno no miente?

— Porque ha dicho la verdad á mi señora.

— ¡ La verdad!

— ¿ No le hizo el retrato del joven que descendía del Pausilipo? Alto, hermoso, joven de veinticinco años de edad... ¿ No le dijo que le espiaban primero cuatro y después seis hombres? ¿ No le dijo que

este incógnito, á quien hemos conocido después, corría un peligro? ¿No le dijo, por último, que sería una felicidad para ella que este joven fuese asesinado, porque si no lo era lo amaría, y este amor ejercería un funesto influjo sobre su destino?

— Bien, ¿y qué?

— ¿Y qué? Me parece que todo eso ha sucedido. El desconocido venía del Pausilipo, era joven, hermoso, tenía veinticinco años, seis hombres le seguían y corría un gran peligro, puesto que fué mortalmente herido en esta misma puerta. Y por fin, continuó Giovanina con una imperceptible alteración en la voz, como la predicción debía cumplirse y se cumplirá en todas sus partes, la señora le ama.

— ¿Qué me cuentas? ¿Cállate!

Giovanina paseó una mirada en torno suyo y preguntó:

— ¿Crees que alguien nos escucha?

— No.

— Entonces, continuó Giovanina, ¿qué importa? ¿No eres tú adicto á tu hermana de leche como yo lo soy á mi señora?

— Sí lo soy; á muerte y á vida. Bien puede gloriarse de ello.

— En ese caso, algún día tendrá necesidad de

ti como ya la tiene de mí. ¿Qué piensas que hago yo en esta puerta?

— Ya me lo has dicho; mirabas al cielo.

— ¿No has encontrado al caballero de San Felice en tu camino?

— Sí, en las cercanías de Pie-de-Grotta.

— Yo estaba aquí para ver si volvía atrás, como hizo ayer.

— ¡Cómo! ¿Se volvió? ¿Sospechará algo?

— ¡Él, pobre señor! Mejor creería lo que el otro día no quería creer, que la tierra es un pedazo desprendido del sol por el choque de un cometa, que no que su mujer le engañe. Además, ella no le engaña, al menos por ahora. Todo se reduce á que ama al señor Salvato; pero no es menos cierto que si el amo me hubiera preguntado por la señora, no hubiera sabido qué responderle, porque ya estaba junto á su caro herido, del que no se separa ni de día ni de noche.

— De modo que la señora te ha encargado que vengas á cerciorarte de que el caballero San Felice continúa su camino hacia el palacio real.

— ¡Ah! no, á Dios gracias. Todavía no han llegado las cosas á ese punto; pero ya vendrán, no lo dudes. Yo la veía inquieta, yendo y viniendo; mirando por el lado del corredor, luego por el

del jardín, y deseando asomarse á la ventana, pero sin atreverse. Entonces le dije: « Señora, ¿no vais á ver si Mr. Salvato os necesita? Desde las dos de la mañana que no le habéis visto. — No me atrevo, mi querida Nina, me respondió; temo que mi marido olvide algo como ayer, y ya sabes que el doctor Cirillo ha dicho que era de la mayor importancia que mi marido ignorase la presencia de este joven en casa de la princesa Fusco. — ¡Oh! no os apuréis por eso, señora, la respondí; yo puedo vigilar la calle, y si por casualidad el señor caballero volvía como ayer, lo vería de bien lejos, y vendría corriendo á decíroslo. — ¡Ah, mi buena Nina! me replicó, ¿serías servicial hasta ese punto? — Seguramente, señora, le respondí; y me hará provecho, porque tengo necesidad de tomar el aire. » Y he venido á ponerme de centinela en esta puerta, donde tengo el placer de hablar contigo mientras mi señora lo tiene de hablar con su herido.

Miguel miró con cierta sorpresa á Giovanina, porque había algo de amargo en sus palabras, y de estridente en su voz.

— ¿Y él? le preguntó Miguel.

— Ya lo creo.

— ¿Está enamorado de ella?

— ¿Él? claro es que sí. La devora con los ojos.

Cuando ella sale de la alcoba, sus párpados se cierran como si no tuviera necesidad de ver nada más, ni siquiera la luz del día. El señor Cirillo, el médico que no quiere que los maridos sepan que sus mujeres cuidan heridos jóvenes y buenos mozos, pierde su tiempo mandándole que no hable, diciéndole que si habla corre peligro de romperse no sé qué cosa en el pulmón. ¡Ah! en cuanto á esto no le obedecen como en lo demás; así que están solos no dejan la conversación ni un minuto.

— ¿Y de qué hablan?

— No lo sé.

— ¡Cómo! ¿no lo sabes? ¿Luego te alejan de la alcoba?

— No, al contrario; la señora me hace casi siempre una seña para que me quede.

— Entonces hablan bajo.

— No, hablan alto; pero en inglés ó en francés. El caballero es hombre precavido, añadió Nina con una risita forzada. Ha enseñado dos lenguas extranjeras á su mujer, para que pueda hablar de sus asuntos con los extranjeros, sin que los entienda la gente de su casa, y la señora saca partido de estas ventajas.

— Yo venía para ver á Luisa, dijo Miguel; pero según lo que me dices, la estorbaría probablemente;

me contentaré con desearle que las cosas nos salgan, á ella y á mí, mejor de lo que nos ha pronosticado Nanno.

— No, quédate; la última vez que viniste me riñó porque te dejé marchar sin verla. Parece que el herido desea darte las gracias.

— Á fe mía que tampoco me disgustará el cumplimentarle. Es un mozo rudo, y el *beccaio* sabe lo que pesa su brazo.

— Entonces entremos: y como ya no hay peligro de que el caballero vuelva, iré á decir á la señora que estás aquí.

— ¿Me aseguras que mi visita no la disgustará?

— Al contrario, te aseguro que le agradará mucho.

— Adelante.

Y los dos jóvenes desaparecieron en el jardín para reaparecer bien pronto en lo alto de la escalinata y volver á desaparecer en el interior de la casa.

Como había dicho Nina, su señora hacía ya media hora que estaba en la alcoba del herido.

Desde las siete de la mañana, hora en que se levantaba, hasta las diez en que su marido salía, aunque Luisa no dejaba de tener al enfermo un momento presente en su memoria, no se atrevía á visitarlo, porque aquel espacio de tiempo estaba completamente consagrado á los cuidados domés-

ticos, que la hemos visto descuidar el día de la visita de Cirillo, y que ella había creído imprudente no volver á continuar después. En cambio no se separaba un minuto de Salvato, desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde, hora en que su marido acostumbraba volver. Después de comer, á eso de las cuatro, el caballero San Felice entraba en su gabinete, donde permanecía una ó dos horas.

Durante una hora lo menos, Luisa, tranquilamente, y con pretexto de mudarse de traje, entraba también en su habitación; pero ligera como un pájaro, iba al corredor y hallaba medio de hacer dos ó tres visitas al herido, recomendándole en cada una de ellas el reposo y la tranquilidad. Desde las siete á las diez de la noche, horas de visitas ó de paseo, abandonaba de nuevo á Salvato, que quedaba asistido por Nina, hasta que su señora volvía á las once, es decir, tan pronto como el marido entraba en su habitación. Desde las once de la noche á las dos de la mañana, lo pasaba á la cabecera del enfermo, á cuya hora entraba en su alcoba, de donde no salía, como ya hemos dicho, hasta las siete de la mañana.

En los nueve días que siguieron á la visita de Cirillo, Luisa había empleado el tiempo invariablemente de la misma manera.

Aunque Salvato esperaba siempre con gran impaciencia la visita de Luisa, aquel día, fijos los ojos en el reloj, parecía aguardarla con más impaciencia que nunca.

Por ligeras que fuesen las pisadas de la bella *virtuosa*, el herido estaba tan acostumbrado á conocer sus pasos, y sobre todo la manera con que Luisa abría la puerta de comunicación, que al primer crujido de esta puerta y al primer roce de cierta babucha de raso sobre el pavimento, la sonrisa, ausente de sus labios desde la salida de Luisa, volvía á entreabrirlos, y sus miradas se dirigían hacia la puerta, permaneciendo fijas en ella como la brújula en la estrella polar.

Luisa apareció al fin.

— ¡ Ah ! dijo el enfermo. ¡ Heos aquí ! Temía que, por evitar el peligro de una vuelta inesperada como la de ayer, viniéscis más tarde. ¡ Heos aquí !

— Sí, heme aquí, gracias á vuestra buena Nina, que espontáneamente se ha ofrecido á vigilar en la puerta del jardín. ¿ Cómo habéis pasado la noche ?

— Muy bien. Solamente... decidme.

Salvato tomó las dos manos de la joven, que estaba de pie junto á su lecho, é incorporándose para acercarse á ella, la miró fijamente.

Admirada, y no sabiendo lo que iba á pregun-

tarla, le miró también. Nada halló en la mirada del joven que pudiera hacerla bajar los ojos : era tierna ; pero más interrogante que apasionada.

— ¿ Qué queréis que os diga ? le preguntó ella.

— ¿ No es verdad que anoche salisteis á las dos de la madrugada de mi alcoba ?

— Sí.

— ¿ Y habéis vuelto más tarde

— No.

— ¿ No ? ¿ Decís que no ?

— Digo que no.

— Entonces es ella, dijo el joven como hablando consigo mismo.

— ¿ Quién es ella ? preguntó Luisa más admirada que nunca.

— Mi madre, replicó el joven, cuyos ojos tomaron una expresión de vaga meditación, é inclinando la cabeza sobre el pecho, exhaló un suspiro que nada tenía de doloroso ni de triste.

Al oír estas palabras : « mi madre, » Luisa se estremeció.

— ¿ Pero no ha muerto vuestra madre ? le preguntó.

— ¿ No habéis oído decir, querida Luisa, respondió el joven, que había entre los hombres, sin que pudiesen reconocerlos por signos exteriores, sin que

ellos mismos se diesen cuenta de su poder, seres privilegiados que tenían la facultad de ponerse en relación con los espíritus?

— He oído algunas veces al caballero San Felice hablar de eso con sabios y filósofos alemanes, que presentan estas comunicaciones entre los habitantes de este mundo y los de otro superior, como pruebas de la inmortalidad del alma. Ellos suponen que esos individuos tienen doble vista, y llaman *mediums* á esos intermediarios.

— Lo que hay de admirable en vos, dijo Salvato, es que, sin que lo notéis, á la gracia de la mujer, unís la educación de un erudito y la ciencia de un filósofo, de lo que resulta que puede hablarse con vos de todas las cosas, incluso las sobrenaturales.

— De modo, dijo Luisa conmovida, que creéis que anoche...

— Si anoche no entrasteis en mi alcoba y os inclinasteis sobre mi lecho, creo que he sido visitado por mi madre.

— Pero, amigo mío, dijo Luisa estremeciéndose, ¿cómo podéis explicaros la aparición de un alma separada de su cuerpo?

— Hay cosas que no se explican, Luisa, bien lo sabéis. ¿No ha dicho Hamlet, cuando acababa de aparecersele la sombra de su padre: *Más cosas ocul-*

tas hay, Horacio, en el cielo y en la tierra, de las que puede soñar tu filosofía? Pues bien, Luisa, de uno de esos misterios es de lo que yo os hablo.

— Amigo mío, dijo Luisa, ¿sabéis que algunas veces me asustáis?

El joven le apretó la mano y le dirigió una dulcísima mirada.

— ¿Y cómo os puedo asustar, respondió, yo que daría por vos la vida que me habéis salvado? Decidme de qué manera.

— Es que algunas veces, continuó ella, me producís el efecto de un ser que no pertenece á este mundo.

— El hecho es, replicó Salvato riendo, que faltó muy poco para que saliera de él antes de entrar

— ¿Será verdad, como decía la bruja Nanno, que hubieseis nacido de una muerta? exclamó palideciendo la joven.

— ¿Os ha dicho eso la bruja? preguntó el joven incorporándose admirado sobre su lecho.

— Sí, pero eso no es posible; ¿no es verdad?

— La bruja os ha dicho la verdad, Luisa; es una historia que os contaré algún día, cara amiga.

— ¡Oh, sí! y yo la escucharé con toda mi alma.

— Os la referiré, pero más adelante.

— Cuando queráis.

— Hoy, continuó diciendo el joven volviendo á

29964

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Año 1925 MONTERREY, MEXICO

caer sobre su lecho, esa relación sería superior á mis fuerzas ; pero como ya os he dicho, sacado violentamente del seno de mi madre, las primeras palpitations de mi vida se mezclaron con las últimas convulsiones de su muerte, y á pesar de la tumba, un lazo extraño ha seguido uniéndonos recíprocamente. Ahora bien, sea alucinación de la mente sobreexcitada, aparición real ó que en ciertas condiciones anormales las leyes que existen para los demás hombres no existan para los que han nacido fuera de ellas, de tiempo en tiempo, — ¡ apenas me atrevo á decirlo, tan improbable me parece el caso ! — de tiempo en tiempo, repito, mi madre, sin duda porque fué santa y mártir, obtiene de Dios el permiso de visitarme.

— ¡ Qué estáis diciendo ! murmuró Luisa temblorosa.

— Os digo lo que es ; pero *lo que es* para mí puede no ser para vos ; y sin embargo, no soy yo el único que ha visto esta adorable aparición.

— ¿ Otra persona la ha visto ? exclamó Luisa.

— Sí, una mujer sencilla, una aldeana incapaz de inventar semejante historia ; mi nodriza.

— ¿ Ha visto vuestra nodriza la imagen de vuestra madre ?

— Sí ; ¿ queréis que os lo cuente ? pregunto el joven sonriendo.

Por única respuesta, Luisa tomó en las suyas las manos del herido y lo miró con ansiedad.

— « Vivíamos en Francia, pues si no fué en Francia donde mis ojos se abrieron á la luz, fué en ella donde comenzaron á ver. Vivíamos en medio de un gran bosque. Mi padre me había entregado á una nodriza de una aldea, distante una y media ó dos leguas de nuestra morada. Una tarde fué á pedir permiso á mi padre para ir á ver á su hijo, que le habían dicho estaba enfermo, y que era el mismo á quien ella había quitado el seno para dármelo á mí, y no sólo mi padre lo permitió, sino que quiso acompañarla para ver á su hijo. Diéronme de beber, acostáronme en la cuna, y como nunca me despertaba hasta las diez de la noche, y mi padre, con su cabriolé, sólo empleaba hora y media para ir y volver á la casa, cerró la puerta, echóse la llave en el bolsillo, hizo montar la nodriza á su lado, y partió tranquilamente.

» El niño no tenía más que una leve indisposición ; mi padre tranquilizó á la buena mujer, dió una receta al marido y un luis para asegurarse de que el remedio ordenado se aplicaría ; y se disponía á volver á casa con la nodriza, cuando un joven desconsolado llegó de repente, diciéndole que su padre, que era un guardabosque, había sido grave-

mente herido por un cazador furtivo la noche anterior. Mi padre no sabía desoir semejantes llamamientos; dió la llave de la casa á la nodriza, y la encargó que volviera sin perder un instante, tanto más cuanto que el tiempo amenazaba tormenta.

» Partió la nodriza. Eran las siete de la noche, y prometió llegar á su casa antes de las ocho; y mi padre se fué, después de haberla visto tomar el camino que debía conducirla á mi lado. Todo fué bien durante media hora; pero el cielo se oscureció de repente; el trueno resonó en las nubes, y estalló una tempestad horrible acompañada de relámpagos y lluvia. Por desgracia, en lugar de seguir el camino, la buena mujer, para llegar más pronto, tomó un atajo que acortaba la distancia, aunque la noche lo hiciese más peligroso; cuando un lobo que, espantado también por la tormenta, cruzó delante de ella, la causó tal miedo, que dejando la vereda, huyó por el bosque, donde se extravió; y cada vez más amedrentada, anduvo errante, llamando, llorando y gritando, sin obtener más respuesta que los gritos salvajes de las aves nocturnas.

» Loca, perdida, erró durante tres horas tropezando con cepas y troncos, rodando por los barrancos y oyendo sucesivamente en medio del estruendo de la tormenta, sonar las nueve, las diez y las

once, y por último, cuando sonaba la primera campanada de los doce, un relámpago la permitió ver nuestra casa tan anhelada, y cuando el relámpago se extinguió, cuando el bosque se sumergió de nuevo en las tinieblas, pudo continuar su camino guiada por una luz que salía de la alcoba en que estaba mi cuna. Al pronto creyó que mi padre había vuelto y apresuró el paso; pero ¿cómo había entrado teniendo ella la llave? ¿Tendría él otra? Esto pensó ella y calada por la lluvia, lastimada por las caídas y deslumbrada por los relámpagos, abrió la puerta, la entornó pensando cerrarla, subió rápidamente la escalera, atravesó la habitación de mi padre y abrió la puerta de la mía.

» Pero dando un grito, se detuvo en el umbral... »

— ¡Amigo mío, amigo mío! dijo Luisa apretando entre las suyas las manos del joven.

— « Una mujer vestida de blanco estaba en pie junto á mi cuna (continuó diciendo el joven con voz alterada) murmurando en voz baja uno de esos cantos maternos con que se duerme á los niños, y meciéndome con la mano, al mismo tiempo que me adormecía con la voz. Aquella mujer joven, hermosa, aunque cubierto el rostro con palidez mortal, tenía en medio de la frente una mancha roja.

» La nodriza se apoyó en el umbral de la puerta para no caer; comprendió que estaba en presencia de un ser sobrenatural y bienaventurado, porque la claridad que iluminaba la alcoba emanaba de él. Poco á poco los contornos de la aparición, perfectamente marcados al principio, se desvanecieron; las facciones fueron menos distintas, las carnes y los vestidos igualmente pálidos, se confundieron perdiendo su relieve; el cuerpo se convirtió en nube, la nube se transformó en vapor. y por último el vapor se desvaneció á su turno, dejando tras sí obscuridad más profunda, y en esta obscuridad un perfume indefinible.

» En aquel momento entraba mi padre. La nodriza lo oyó, y más muerta que viva, se apresuró á llamarlo. Subió él, encendió una bujía y encontró á la buena mujer en el mismo sitio, temblando, con la frente inundada de sudor y sin poder apenas respirar.

» Tranquilizada por la presencia de mi padre y por la luz, se lanzó á la cuna y me tomó en sus brazos: yo dormía tranquilamente. Pensando que no había tomado nada desde las cuatro de la tarde, me dió su seno, pero me negué á tomarlo.

» Entonces ella contó todo lo ocurrido á mi padre, quien no había podido comprender la causa de aquella obscuridad, de su agitación, de sus terrores

y sobre todo, de aquel perfume misterioso que inundaba la estancia.

» Mi padre la escuchó con atención, como hombre que, habiendo procurado sondear todos los misterios de la naturaleza, no se admiraba de nada, y cuando ella le hizo el retrato de la mujer que cantaba meciendo mi cuna, y concluyó por decirle que tenía en medio de la frente una mancha roja, él se contentó con responderle:

» — Era su madre.

» Más de una vez, siguió diciendo el herido con voz más alterada, me refirió el suceso, y aquel ánimo fuerte y poderoso, no dudaba que á mis gritos la sombra bienhechora había obtenido de Dios el permiso de descender del cielo para apaciguar el hambre y los gritos de su hijo. »

— ¿Y la habéis vuelto á ver? preguntó Luisa pálida y temblorosa.

— Tres veces, respondió el joven. La primera fué en la noche que precedió al día en que la vengué: víla adelantarse hacia mi lecho con su mancha roja en medio de la frente; inclinóse sobre mí para besarme; sentí el contacto de sus fríos labios, y algo, parecido á una lágrima, que cayó sobre mi frente en el momento en que ella se levantaba; quise estrecharla en mis brazos y retenerla, pero desapareció.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

Lancéme fuera de la cama y corrí á la alcoba de mi padre ; una bujía le iluminaba ; acerquéme á un espejo, y vi que lo que yo había tomado por una lágrima, era una gota de sangre que había brotado de su herida. Desperté á mi padre, que escuchó tranquilamente mi relación, y cuando concluí, me dijo sonriendo :

» — Mañana se cerrará la herida.

» Al día siguiente maté al asesino de mi madre. »

Luisa, espantada, ocultó su cabeza en la almohada del herido.

— Dos veces la he vuelto á ver desde aquella noche, continuó Salvato con voz casi extinguida ; pero como ya estaba vengada, la mancha de sangre había desaparecido de su frente.

Sea cansancio ó emoción, al concluir su relato, demasiado largo para sus fuerzas, el mancebo cayó pálido y exánime sobre el lecho.

Luisa dió un grito, corrió á la puerta, y al abrirla, por poco no derriba á Nina, que estaba escuchando con el oído pegado á la cerradura.

Luisa apenas fijó la atención en este incidente.

— ¡ El éter, dijo, el éter ! Se ha puesto malo.

— El éter está en vuestra alcoba, señora, respondió Nina.

Luisa corrió á su alcoba, pero lo buscó en vano.

Cuando volvió, Giovanina sostenía la cabeza de Salvato en sus brazos, y estrechándola suavemente contra su pecho, le hacía respirar el éter.

— No me culpéis, señora, dijo Nina. El frasco del éter estaba sobre la chimenea detrás del reloj ; mas viéndoos tan turbada, yo misma he perdido la cabeza ; pero no hay nada perdido ; Mr. Salvato vuelve en sí.

En efecto : el joven volvía á abrir los ojos, y buscaba á Luisa con su mirada.

Giovanina, que vió la dirección de aquella mirada, colocó suavemente sobre la almohada la cabeza del herido, y retirándose al hueco de una ventana, enjugó una lágrima, en tanto que Luisa volvía á ocupar su puesto á la cabecera del enfermo, y que Miguel, asomando la cabeza por la puerta que había quedado entreabierta, preguntaba :

— ¿ Tienes necesidad de mí, hermanita ?